

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Alejandra Zuccolotto

“Al lado de las mujeres”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 70, octubre-diciembre de 2024, pp. 79-80.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

pacios que, de tan ordinarios, nos hacen sentir cercanos al mundo ficticio en el que habita.

En su decálogo, Horacio Quiroga apunta que es inútil adherir múltiples colas de color a un sustantivo débil pues de hallarse el preciso, él mismo tendrá un color incomparable; este es uno de los atributos de la prosa de Alaíde Ventura. Valiéndose de algunos sustantivos y adjetivos certeros crea frases breves, mas no efímeras, ofreciendo así una percepción del mundo que trasciende las páginas de la novela; a través de ellas reafirmamos que las palabras escritas poseen la capacidad de volverse corpóreas para encajarse en el lector y robarle el aliento. Los enunciados poderosos que emergen de la pluma de la autora vuelven necesario cerrar el libro, esa puerta al mundo de tristes, nostálgicos y soñadores del que habló Vargas Llosa para tener un momento de introspección.

Las descripciones tan detalladas como puntuales encienden los sentidos de quien lee. Nos permiten meternos en la piel de la protagonista para vivir sus sensaciones y percibir los mismos olores, sonidos e imágenes que ella. Los lectores también nos deslizamos a través de tuberías oscuras; naufragamos en el océano tormentoso en los peores días, soleado en los mejores que es su relación con Ana; sufrimos con su abandono y quedamos al borde del abismo completamente desorientados, sin propósito; desenterramos recuerdos terribles en medio del delirio de los sueños febriles y, al cerrar el libro, tenemos la sensación de haber sobrevivido a una travesía emocional, devorándonos a nosotros mismos en el proceso. **LPyH**

Athenea Y. Juan Flores es estudiante de Lengua Inglesa en la UV. Participante de Criba Laboratorio de ensayo literario y del XVI Curso de Creación Literaria para Jóvenes de la FLM.

Al lado de las mujeres

Alejandra Zuccolotto



Christine Bard, *Mi género de historia*, Ricardo Rubio (trad.), México, UV, col. Feminismos, 2023, 149 pp.

En vísperas del 8M, se observan, sobre todo en redes sociales, diversas reflexiones acerca del movimiento feminista, dando la oportunidad de cuestionar y modificar los distintos caminos que este ha tomado. Asimismo, se presenta la ocasión de dialogar sobre los nuevos títulos que ofrecen las editoriales, cada vez más interesadas en abrir un espacio a trabajos especializados mediante la creación de nuevas colecciones. Tal es el caso de la Editorial de la Universidad Veracruzana, que publicó su segundo título de la colección Feminismos: *Mi género de historia*.

Se trata de una entrevista realizada por Jean-Marie Durand a Christine Bard, destacada historiadora francesa. En ella, a partir de su trayecto como feminista y sus aportes al movimiento, Bard construye un análisis en torno al feminismo francés de los siglos XX y XXI. Dentro de las críticas que hace, una de sus primeras consideraciones es la de cuestio-

narse desde dónde se habla, pues permite situarnos dentro de un contexto. En relación con lo anterior, es preciso decir que para Bard, todo el trabajo realizado, los conocimientos que ha acumulado y su experiencia en la investigación, le permiten ubicarse en un feminismo francés reactivo a movimientos similares extraeuropeos. Al respecto, señala la “absoluta necesidad de espacializar las movilizaciones feministas, sin dejar de considerar las relaciones de fuerza geopolíticas” (25), a través de la difusión de autoras interesadas en difundir trabajos desde otros horizontes, como Latinoamérica, el Caribe, incluso la propia periferia francesa.

Durante la entrevista es notable cómo la historiadora evalúa en retrospectiva su trabajo, ante la necesidad de modificar y redefinir sus ideas y concepciones, pues estas evolucionan al igual que la historia del feminismo, la cual, en palabras de la autora, lo hace en función de las tendencias del periodo en curso. Ahora, se busca dar lugar a aquellos movimientos dentro del feminismo que abandonan ese universalismo que ignora cuestiones de género, clase, origen y raza. Bard menciona cómo tal vez de manera inconsciente trató con delicadeza a aquellas feministas tan atacadas, ignorando su participación en la colonización y el sentimiento de superioridad racial y civilizatorio con el que justificaban sus acciones filantrópicas respecto a mujeres “indígenas”. Reconocer estas violencias permite adoptar una visión desde la interseccionalidad, desafiando la idea de que el movimiento está integrado por un grupo homogéneo de mujeres igualmente oprimido por una estructura de poder.

Respecto a esto último, Bard analiza el tema del antife-

El antifeminismo, si bien es la “punta del iceberg” de la dominación masculina, es, sobre todo, un discurso reaccionario que hay que colocar en un conjunto más amplio y contextualizado, en el que la autora incluye el odio hacia una amplia lista de minorías e identidades...

minismo, el cual implicó un retroceso para las mujeres a partir de 1930 hasta 1970, año en el que este movimiento resurge con fuerza, por lo que: “Ya no se trata de emancipación, sino de liberación” (30). El antifeminismo, si bien es la “punta del iceberg” de la dominación masculina, es, sobre todo, un discurso reaccionario que hay que colocar en un conjunto más amplio y contextualizado, en el que la autora incluye el odio hacia una amplia lista de minorías e identidades que no encajan en lo que consideramos una heteronormativa, como las “marimachas” y travestis. Ambas figuras transgreden la norma: las primeras muestran signos de ambos géneros, los segundos adoptan la apariencia del género opuesto al que se les asignó al nacer.

Para la historiadora, la vestimenta es de gran interés ya que, al igual que el género, obedece a un constructo social. Desde el plano simbólico, ha servido como postura política y discurso; muchas mujeres han asumido la vestimenta masculina para huir de su “destino biológico”, por ejemplo, Juana de Arco. Sin embargo, a nivel práctico ofrece protección, ya sea ante el clima o el entorno social; sobre esto, Bard comenta que las mujeres

al “vestirse de hombre” buscan protegerse de la violencia masculina. Y menciona la relación entre la vestimenta y la expresión de género, interés que surge de una anécdota donde una pequeña de cinco años narra sus vacaciones en la playa y, al preguntarle si había visto más hombres o mujeres, responde: “No sé, porque no estaban vestidos”.

El análisis y la reflexión sobre la historia del feminismo de Christine Bard revela un compromiso con el movimiento; para ella no existe una historia sin historiografía; son los conocimientos sobre cómo escribir la historia, las condiciones de producción del saber y su transmisión los que dan lugar a ser consciente desde dónde se habla y desde dónde se escribe. Para Bard, tomar la palabra es propio de toda emancipación que concierne a cualquier grupo que ha sido excluido; la “de las mujeres se ha descalificado, como la de los niños y la de los locos. ‘Las histéricas inventan, exageran’” (106). La voz que ha dominado la historia es la del hombre blanco heterosexual, aunque se ha observado interés de una parte de este sector dominante, autodenominados feministas, por dar lugar al grupo oprimido. Bard reconoce que no

es lo mismo ser mujer feminista que hombre feminista; sin embargo, admite que el movimiento gay perfiló las masculinidades alternativas. “Los hombres han explorado los territorios reservados para las mujeres, se dedicaron a la paternidad, asumieron su responsabilidad contraceptiva, aprendieron a manejar la aspiradora” (119). Se trata de un cambio mínimo, frágil, insuficiente, pero es un buen comienzo.

Reconozco que “Sin cultura mixta no hay igualdad posible, ni una alternativa a un mundo pensado y administrado hacia lo masculino” (121). Para bell hooks¹ una masculinidad feminista presupone que es suficiente con que los hombres existan para que tengan valor, no tienen la necesidad de “hacer” o “actuar” de algún modo para ser aceptados y amados. Y agrega que el núcleo de esta masculinidad es el compromiso con la igualdad de género y la reciprocidad, como algo crucial para la interacción, y la asociación en la creación y el sostenimiento de la vida. El feminismo no solo está en los libros: está en la calle, en la manifestación, en dirigir acciones solidarias. Es dar vida a lugares alternativos. **LPyH**

NOTA

¹ bell hooks, *El deseo de cambiar. Hombres, masculinidad y amor* (Manresa: Bellaterra, 2021).

Alejandra Zuccolotto es licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas por la UV. Correctora editorial y colaboradora de la revista *Pérgola de humo*.